

¿Es posible hoy una Internacional socialista y democrática?

FERNANDO PEDROSA

Las revoluciones democráticas en el mundo árabe llamaron la atención sobre la situación de algunos partidos que integraban la Internacional Socialista y cuyas prácticas políticas están en las antípodas de los valores democráticos, republicanos y socialistas. Ello ha abierto un debate acerca de qué tipo de partidos y movimientos deberían formar parte de la IS y cuáles son sus objetivos en el siglo XXI. Este artículo presenta una mirada crítica, a la vez que aporta posibles respuestas frente a los desafíos que la globalización plantea a las organizaciones socialdemócratas.

Las rebeliones populares contra los gobiernos autoritarios de Hosni Mubarak (Egipto) y Zine El Abidine Ben Ali (Túnez)¹ tuvieron una consecuencia inesperada: dejaron en evidencia la pertenencia a la Internacional Socialista (IS) de partidos que eran el basamento de largas y corruptas dictaduras y autocracias. La paradoja es obvia: mientras se manifestaban como parte del mundo progresista y eran reconocidos como tales por sus pares, en sus propios países sostenían regímenes repudiados por la

población, donde no se cumplían ni las mínimas condiciones para el establecimiento de una democracia.

Si bien al comenzar las primeras movilizaciones la IS decidió expulsar de sus filas al Reagrupamiento Constitucional Democrático de Túnez y al Partido Nacional Democrático de Egipto, el costo político por haberlos mantenido como miembros durante las últimas décadas no se redujo por haberlos echado en su peor hora, cuando las movilizaciones populares ya los

Fernando Pedrosa: doctor en Procesos Políticos Contemporáneos por la Universidad de Salamanca. Es profesor titular de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Sus investigaciones se centran en la historia política del siglo XX, especialmente en la socialdemocracia internacional y su influencia en América Latina.

Palabras claves: socialdemocracia, transnacionalismo, globalización, izquierda, Internacional Socialista (IS).

1. V. al respecto Marc Saint-Upéry: «Las dimensiones de la revolución democrática árabe» en *Nueva Sociedad* Nº 232, 3-4/2011, disponible en <www.nuso.org/upload/articulos/3758_1.pdf>.

tenían contra las cuerdas. Por el contrario, la difusión pública de la pertenencia de los partidos oficialistas tunecino y egipcio al espacio socialdemócrata internacional ha sido un fuerte golpe para la *is*. Los medios de comunicación internacionales –no solo aquellos de tendencias cercanas a la derecha– han resaltado sistemáticamente esta situación, lo que deja a la *is* en una situación difícil de explicar.

La polémica involucró a los propios dirigentes socialdemócratas. En un artículo publicado en el diario español *El País*, George Papandreu, presidente de la *is* y primer ministro de Grecia; Alpha Condé, presidente de la República de Guinea; Jalal Talabani, presidente de la República de Irak y Ricardo Lagos, ex-presidente de Chile, intentaron terciar en el debate argumentando la importancia creciente de la *is* en los gobiernos democráticos de África y reivindicando el accionar de la organización en cuestiones tales como el impuesto sobre las transacciones financieras, la lucha contra la pobreza y el cambio climático².

Sin embargo, el artículo reitera la ajada idea de un internacionalismo casi literal, basado en la acción entre Estados nacionales y sostenido por quienes encabezan sus Poderes Ejecutivos, como se ve en el documento redactado por tres presidentes en funciones y un ex-presidente. Al mismo tiempo, se sostiene en lugares comunes y supuestas acciones que no han tenido demasiada repercusión, excepto en

el ámbito discursivo. El contenido del artículo los muestra preocupados sobre todo por justificar la extensión de su poder y aislados de los grupos más dinámicos y organizados de la sociedad civil global y de las problemáticas concretas de los sectores afectados por las diferentes crisis que afronta el mundo de hoy.

Los primeros cuestionamientos a la *is* fueron realizados, también públicamente, por el máximo dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán (psd, por sus siglas en alemán), Sigmar Gabriel. En un artículo publicado en el *Frankfurter Rundschau* hizo una dura crítica al rumbo tomado por la *is* en los últimos años y pidió una urgente reforma en el funcionamiento de la organización, sentenciando que «la Internacional Socialista ya no es la voz de la libertad»³.

Estas opiniones no pasaron inadvertidas al provenir del líder de uno de los partidos fundadores y de mayor peso dentro del colectivo socialista. Gabriel deslizó, además, que su formación podría llegar incluso a abandonar la *is* si estas reformas no se concretaban y si no se inicia una depuración

2. G. Papandreu, A. Condé, J. Talabani y R. Lagos: «Socialdemocracia, solidaridad, internacionalismo» en *El País*, 31/3/2011, disponible en <www.elpais.com/articulo/opinion/Social-democracia/solidaridad/internacionalismo/elpepiopi/20110331elpepiopi_13/Tes>.

3. «Keine Kumpanei mit Despoten» en *Frankfurter Rundschau*, 27/4/2011, disponible en <www.fr-online.de/politik/meinung/keine-kumpanei-mit-despoten/-/1472602/7705378/-/view/asFitMI/-/index.html>.

de los miembros más cuestionados y un cambio en las políticas exteriores de los propios partidos europeos.

Los tiempos de gloria y prestigio que la organización vivió a partir de 1976, cuando era liderada por Willy Brandt, han quedado lejos. En la actualidad, la falta de cohesión ideológica de la organización socialdemócrata es fácilmente observable en una rápida lectura de la lista de asociados. Lo ocurrido con los partidos norafricanos expulsados de la *is* es solo una muestra de la crisis que la organización viene sufriendo desde el final de la Guerra Fría. A la ausencia de liderazgos de peso se suma la subsistencia de una anacrónica concepción de la política que postula a la *is* como una suerte de *franchising* progresista para que sus miembros obtengan algún rédito electoral nacional o, a lo sumo, como un club internacional de dirigentes, más que como una organización transnacional con pretensiones de incidir en la geopolítica mundial, como fue concebida desde su fundación en 1951.

■ Pasado

Comenzada la década de 1970, la socialdemocracia debió –una vez más– reinventarse a sí misma. La llamada «crisis del petróleo» iniciada en el año 1973 había puesto de manifiesto la renovada potencia de la transnacionalización de la economía y el debilitamiento de los Estados nacionales frente a este proceso. Los partidos

socialdemócratas, oficialistas en casi toda Europa, debieron afrontar por ello fuertes crisis de gobernabilidad, producto del agotamiento del modelo que había llevado a la conformación de los Estados de Bienestar.

En aquel momento, los dirigentes más lúcidos comprendieron que debían acentuar su accionar transnacionalista. La edición del libro *La alternativa socialdemócrata* en 1974 fue el puntapié inicial de una nueva forma de entender la socialdemocracia⁴. Esta se comenzó a plasmar cuando Brandt fue designado presidente de la *is* junto con un prestigioso grupo de líderes mundiales como Bruno Kreisky, Olof Palme, François Mitterrand, Felipe González, Mário Soares, Julius Nyerere e Yitzhak Rabin entre los más importantes. También, participaban líderes latinoamericanos como José «Pepe» Figueres (Costa Rica), Michael Manley (Jamaica), José F. Peña Gómez (República Dominicana), Carlos Andrés Pérez (Venezuela), Daniel Oduber y Oscar Arias (Costa Rica), quienes fueron los referentes más involucrados con la organización. También intervenían activamente Omar Torrijos (Panamá), los sandinistas y Leonel Brizola (Brasil), entre muchos otros.

Esta alianza de líderes y organizaciones tan diversas –que Brandt denominara entonces «cooperación elástica»–

4. Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme: *La alternativa socialdemócrata*, Blume, Barcelona, 1977.

tenía sentido en un mundo donde la distensión de la «era Carter» estimulaba a que diversos actores, con programas y lógicas de funcionamiento muy diferentes, cooperaran entre sí para sostener un espacio político intermedio entre soviéticos y estadounidenses. Así, con el objetivo de ampliar su base de sustentación y convertirse en un actor global, los socialistas democráticos europeos lograron concretar una alianza con los latinoamericanos que luchaban contra las dictaduras y con los africanos y asiáticos que habían sido producto (y actores) de las luchas anticoloniales. Fue en ese momento cuando los partidos africanos comenzaron a integrarse activamente a la *is*, entre ellos los ahora expulsados.

Al principio los unía la coyuntura, pero eso pronto se transformó en una programática activa que renovaba los tradicionales ideales socialdemócratas e incorporaba una serie de valores posmateriales relacionados con la defensa de la democracia, del medio ambiente y de los derechos humanos, el desarme y la lucha contra la pobreza y el *apartheid* que aún pervivía en Sudafrica. La creación de las llamadas comisiones Brandt (Norte-Sur), Palme (desarme y seguridad) y Brundtland (medio ambiente) fue la sistematización y el punto más alto de esta renovación programática. Sin embargo, la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética llevó a foja cero la estrategia de la *is*.

El nuevo mundo unipolar que nacía entre las cenizas del comunismo no daba tantas facilidades para ocupar espacios alternativos. Esto generó una fuerte crisis y dispersión entre las organizaciones socialdemócratas, pero también reconfiguraciones y cambios programáticos en el intento de adaptarse a un entorno de extrema dificultad.

■ Presente

Finalizada la división bipolar del mundo, cada partido buscó reacomodarse en su propio arsenal ideológico, que iba desde una vuelta devaluada a los postulados clásicos de la socialdemocracia (especialmente los alemanes y nórdicos) hasta la fulgurante –y efímera– aparición de la «tercera vía» de Anthony Giddens. Desde relecturas del republicanismo de Philip Pettit, en el caso del socialismo español, hasta el simple abandono de la búsqueda de ideas más profundas para navegar en cambio en las cálidas aguas de la coyuntura y las encuestas de opinión (casi todo el resto de los partidos socialistas europeos).

Menos habituados a los lujos programáticos, la gran mayoría de los partidos latinoamericanos, africanos y algunos de Europa del Este prefirieron recurrir a lo que tenían más a mano: el neoliberalismo, las viejas tradiciones populistas, caudillistas o directamente autoritarias, que finalmente derivaron en el mapa político

que hoy conocemos y que en Túnez y Egipto se representó más que gráficamente. Pero a pesar de que la 1s no se diera por enterada, los cambios del entorno fueron mostrando que ya no podía seguir funcionando como si nada hubiera pasado. Entre los europeos, la posición frente a la guerra de Irak fue una clara muestra de los distintos caminos tomados pero, sobre todo, estos se manifestaron en las respuestas políticas adoptadas frente a la crisis financiera actual.

La socialdemocracia y sus organizaciones políticas enfrentan una gran responsabilidad en esta coyuntura, ya que se encuentran al mando de una importante porción del poder político (sobre todo en Europa), incluyendo los gobiernos que son epicentro de la crisis. Así, el primer ministro griego Papandreu no es solo el líder del Partido Socialista de su país, también ocupa la Presidencia de la 1s y esto no pudo ser más que una broma macabra del destino. Tanto en Portugal como en España los primeros ministros también son socialdemócratas: el renunciante –pero aún en funciones– José Sócrates (Partido Socialista) y José Luis Rodríguez Zapatero (Partido Socialista Obrero Español, PSOE). Si repasamos el mapa electoral de los principales países europeos observamos un reciente, y trascendente, triunfo regional del socialismo alemán y una recomposición –también refrendada electoralmente– de los socialistas franceses, irlandeses e italianos. Si bien el laborismo

inglés perdió el gobierno, la derrota no tuvo la magnitud que se anunciaba y el gobierno liberal-conservador aún debe recorrer un largo camino para consolidarse.

Como si esto fuera poco, el Fondo Monetario Internacional (FMI) está dirigido por un socialista francés y la presencia de Barack Obama en la Casa Blanca –si bien no es un socialista, como sostiene el extremista Tea Party– permite un escenario internacional menos polarizado, en el que la acción multilateral no es sistemáticamente bombardeada, como ocurrió en los periodos de Ronald Reagan y George W. Bush.

Pese a estas circunstancias favorables, no parece que los socialdemócratas las estén aprovechando para coordinar sus estrategias o imponer un punto de vista distinto al de otros sectores políticos o corporativos. O, al menos, para ampliar un poco más el escaso margen de maniobra al que son sometidos por una coyuntura que nadie considera sencilla de superar. Existe un claro retroceso en la comprensión de las características del fenómeno que se enfrenta y que los socialdemócratas de fines del siglo xx habían percibido perfectamente. Por ello, frente a una crisis de indudable raíz global, los partidos socialistas han decidido encerrarse en las fronteras de sus Estados nacionales o, en el mejor de los casos, apelar a un federalismo regional que luce insuficiente para poner freno a la crisis.

En este sentido, el espacio que deja libre la izquierda democrática para hacer frente a la crisis financiera priorizando las demandas sociales, apuntando a regular la actividad del sector financiero y planteando salidas alternativas al mero ajuste es aprovechado por los discursos populistas y xenófobos de la extrema derecha. Las recientes elecciones en Finlandia, donde se ha verificado en las urnas un espectacular crecimiento del partido de los Auténticos Finlandeses, han sido una nueva muestra de ello.

En este contexto de oportunidades abiertas para la acción conjunta de sus miembros más importantes, el único logro de la IS sigue siendo mostrarse como una «pequeña ONU», anunciando por lo alto en cada reunión que está conformada por más de 160 partidos y que muchos de ellos se encuentran en el poder en sus respectivos países. El conformismo por el crecimiento numérico de la organización ha impedido prestar la debida atención a la evolución política de algunos de sus socios hacia posiciones incompatibles con la socialdemocracia. De todos los miembros de la IS, cada vez menos partidos pueden mostrar credenciales socialistas, laboristas o socialdemócratas verdaderamente probadas en su historia o en su acción presente. La IS se ha convertido en una organización en la que la heterogeneidad ya no suma sino que, más bien, paraliza.

Esta posición anacrónica –desde la muerte de Brandt y el fin de la Guerra Fría– llevó a la IS a su virtual desaparición de la esfera internacional como un actor de importancia. Al mismo tiempo, nuevas organizaciones transnacionales (algunas de ellas de partidos) y movimientos sociales fueron surgiendo para ocupar el lugar vacante. Hoy en día, la IS ya ni siquiera es la organización más grande de su tipo, ya que la supera la Conferencia Internacional de Partidos Políticos Asiáticos (ICAPP, por sus siglas en inglés), que agrupa a más de 300 partidos con diferentes posicionamientos ideológicos.

■ ¿Futuro?

Como toda crisis, la actual no solo presenta desafíos y problemas, también abre oportunidades. Los partidos socialdemócratas y afines pueden volver a optar, como en otras etapas de la historia, por refundar un espacio con verdadera vocación transnacional y con capacidad para sentarse en la mesa de negociaciones con los restantes actores del escenario geopolítico. Este espacio podría sostenerse en ideas y programas, buscando vincular la política nacional con la global más que preocuparse por la acumulación de organizaciones. No parece haber otra opción frente al lento camino hacia la extinción que parece esperar a la tradicional organización socialdemócrata.

El modelo de internacional orgánica –propio de los siglos XIX y XX– está ya perimido, y por ello debe plantearse un nuevo funcionamiento democrático, en forma de red y asociado al uso de las nuevas tecnologías. Una nueva organización con menos miembros y más voluntad transnacionalista, que apunte a coordinar la actividad de los partidos políticos pero también a integrar a movimientos sociales, ONG, líderes políticos, intelectuales, sindicatos, blogueros y personalidades con influencia global.

Frente a los desafíos mundiales que las estructuras nacionales ya no pueden acometer en forma individual, se impone la necesidad de una coordinación transnacional. Esto es imperativo para los gobiernos socialistas europeos –especialmente de España, Portugal y Grecia–, que no podrán superar la situación actual si continúan acotados a pensar la política en forma exclusivamente nacional, además de pagar altos costos electorales por ello. Pero también es un llamado de atención para aquellos partidos del resto del mundo que están al mando de Estados débiles y que son rehenes de una pluralidad de problemas que en muchos casos no originaron, entre ellos, la crisis financiera, el cambio climático, la trata de personas, las migraciones, la proliferación de armas convencionales y nucleares y la expansión del narcotráfico y el crimen organizado. Estas son algunas de las tareas para las que se requiere una renovada militancia global.

Para ello también hay que influir en una opinión pública internacional crecientemente sensibilizada por estas cuestiones pero que no encuentra la forma de transformar en poder político concreto su capacidad de movilización y presión. El objetivo a mediano plazo podría ser conformar el primer partido global que identifique su ámbito de acción en la geopolítica del poder accionando coordinadamente sobre el G-20, el FMI, la Unión Europea, la Organización de Estados Americanos (OEA), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y las restantes organizaciones internacionales. Sin embargo, un primer paso ineludible debe apuntar a una verdadera transformación democrática de la ONU y a un fortalecimiento de la Corte Penal Internacional como herramienta fundamental de lucha contra las violaciones de los derechos humanos. En Sudamérica, el desafío es construir un verdadero Parlamento del Mercosur, elegido mediante voto directo y con potestades legislativas reales.

En síntesis, si la socialdemocracia nació representando a los sectores más vulnerables de la sociedad y generando políticas que regulaban el mercado nacional para sostener la redistribución de la riqueza, es hora de pensar que para cumplir ese objetivo hoy es necesario transnacionalizar la acción política para globalizar la democracia y, con ella, el socialismo democrático. ☐